

*Biblioteca-Films*

**LA LLAMA DEL GENIO**

Núm. 73

25  
céntos.



HOPE  
HAMPTON  
JAMES  
RENNE

**BIBLIOTECA FILMS**

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:  
Calabria, 96Teléfono 173-H  
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

## La Llama del Genio

Historia de una joven, alma de artista, agonizando  
ahogada por las preocupaciones de una sociedad  
grosera. Obra inspirada en la novela de  
FANNY HURST

Exclusivas: **L. GAUMONT**

Paseo de Gracia, 65 - Barcelona

## PERSONAJES

## INTERPRETES

Luisa	Hope Hampton
Roberto Clemens	James Rennie

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



El pueblo de Paraíso en el Estado de Iowa— así llamado por la incomparable belleza de sus paisajes, por su frondosidad paradisíaca, y, quizás también, por la vida tranquila de sus habitantes—, está situado a la orilla de un lago cristalino.

En Paraíso vive, en una confortable casita situada cerca del lago, la familia Becker, formada por el padre, Enrique Becker, un señor sin carácter que hace años ha abdicado su autoridad abandonando en favor de su mujer la prenda de su vestuario que le debía caracterizar como hombre. La señora Becker, como queda dicho, era la administradora y única autoridad de aquella familia. Sólo tenían una hijita, Luisita, una de esas criaturas precoces que nacen predestinadas a salir violentamente de la vulgaridad que las rodea. Su pasión es la música y su goce mayor es sentarse al piano, que su madre procura tener cerrado a todas horas. ¡Qué alegría cuando, ausente la señora Becker, pudiese sentar Luisita al piano!... Porque el buro de don Enrique protege las aficiones artísticas de su hija y se le

cae la baba cuando oye algunas de las melodías de moda tocadas por Luisita. No así cuando la señora Becker está en casa, pues entonces, ni la niña se atreve a tocar, ni su padre a imponerse para que la madre abra el piano, disposición ésta que es un martirio constante para la niña. ¿Qué motivos tiene la señora Becker para obrar así con su hija?... Sencillamente, su rancio puritanismo le obliga a ver algo diabólico en la llama del genio que ilumina la vida de su hija.

—Obra diabólica es—dice a su esposo—y fuera de las leyes naturales, que Luisita, sin estudios y en una edad prematura, se siente al piano y toque con la rara perfección que lo hace.

—¡Y si fuese obra de Dios?

—Pues aquí no manda ni...

—Calla, mujer, y no blasfemes.

—Si Luisita continúa con su loca afición me veré en la precisión de poner el piano en la buhardilla.

Calló el marido, pues nunca se atrevía a replicar a su esposa. De tal modo había abdicado de su personalidad en favor de ésta, que en todo el pueblo no se le conocía más que por el marido de la señora Becker.

La familia que con más frecuencia visitaba a la familia Becker, era la de Smith, compuesta también de idéntica trinidad: los esposos y un hijo, Alberto, un niño zangolotino, tan necio como presumido, en quien su madre ve el resumen de todas las gracias, sin poseer ni la sombra de ellas. Tiene un año más que Lui-

sita, y las mamás de ambos, no obstante tener los muchachos once y doce años, han formulado un proyecto de matrimonio.

Luisita y Alberto tienen gustos completamente opuestos y caracteres encontrados: ella es una niña de gustos refinados y gran sentimentalismo; él, por el contrario, es un ser vulgar y grosero, enemigo de la música y de las manifestaciones artísticas. Pónese triste cada vez que oye a su amiguita tocar el piano, lo cual le enfurece tanto como a la madre de Luisita.

Mientras Alberto estaba en casa de los Becker no podía la niña dedicarse a su arte favorito, pues el zangolotino iba con cuentos a la señora Becker y la niña no se libraba de un fuerte regaño, cuando no de una azotaina.

La madre de Luisa había cumplido su promesa: el piano estaba en el desván; pero el señor Becker se hizo con una llave del piano y favorecía las incursiones de su hija hacia aquellas alturas donde pasaba muchas horas del día y de la noche. Tocando estaba la niña, cuando Alberto llegó a acertar el escondrijo donde tocaba aquella y corrió al salón donde estaban las dos madres, de visita:

—Señors, Luisita está tocando el piano en el desván.

Subió la señora Becker al desván y armó un escándalo a su hija con acompañamiento de moicetes que supieron a gloria al vulgarote de Alberto. Cuando madre e hija estuvieron en el salón, aquélla dijo:

—Mi hija tiene una afición desmedida por

la música, y a mí no me gustan las exageraciones. Si sigue así tendré que vender el piano.

Pero Luisita no se daba por vencida; por las noches, cuando todo dormía en el pueblo, el padre y la hija, en el polvoriento desván, olvidaban todas las pequeñas miserias de la vida cotidiana. Luisa tocaba las joyas musicales de fama mundial, y su padre se entusiasmaba ante el prodigio de aquella niña iluminada por la llama del genio.

## II

Han transcurrido diez años. Luisa se ha convertido en mujer, y, no obstante la continua oposición de su madre, ha ido brillando en ella cada vez con más vivos fulgores la llama del genio. Una hermosísima voz de soprano hacía más amplio el horizonte de sus ilusiones.

Alberto Smith había variado solamente en lo físico. En lo moral, sus defectos no habían sufrido otro cambio que el de acrecerse considerablemente, a medida que pasaban los años.

Alberto quiere formalizar las relaciones con Luisa, relaciones que no han existido nunca, pues ella lo evita cuanto puede, porque no ha llegado nunca a quererle.

Luisa se halla sentada al piano, con los ojos medio cerrados, sonriente, extasiada en una rapsodia de Liszt; Alberto, sentado a su lado, sosteniendo su cabeza con su mano, cuyo bra-



zo apoya en el respaldo de una silla, sonríe burlonamente, mientras masca un chicle.

—Seguramente te figuras, Luisa, que me estás entreteniendo; pero, en verdad, más que el canto, me interesan de ti otras cosas.

Luisa, atenta sólo a las bellezas de aquel apasionado suspiro anhelante del gran Litz, no oyó aquella vulgaridad y continuó envolviéndose su espíritu en aquella tenuísima gasa de sublime melodía que conmovía todo su ser y la sublimaba llevándola a regiones espiritualizadas por el arte divino de los sonidos continuados.

—¿No me oyes?—preguntó el zagalón dando un manotazo sobre el teclado, con el que rasgó aquel tejido espiritual que elaboraban los dedos de Luisa, guiados por la llama del genio, y la hizo volver a las regiones de la vulgaridad—. ¿No me oyes?

Luisa suspiró como si saliese de un profundo letargo.

—¿Qué dices, Alberto?

—Digo que no me hacen ni pizca de gracia esas músicas. Lo que tú necesitas es un marido y una casa. Y en vez de pasar tantas horas muertas sentada al piano, más te valiera coger una escoba y aprender a barrer para cuando seas ama de casa. Mira, Luisa, tú y yo nos conocemos hace tiempo... Vámonos a casar.

—Tú te haces el tono y la canción... Supongo que ya habrás fijado la fecha de la boda... Mira, lo mejor que puedes hacer es dejarme con mis músicas e irte tú con las tuyas a otra parte.

Luisa no está dispuesta a casarse con aquel hombre a quien desprecia; pero su voluntad está dormida hace años por el pavor que le infunde su madre y por la influencia que en



—¡Piano!, ¡Piano!... ¿Ya sabes que aborresco la música (p. 14)

su espíritu ejerce la poca lacha y falta de voluntad de su padre, Alberto, que conoce el carácter aporado de la joven, se impone:

—Bien, sí, todo está arreglado... Cuando yo quiero una cosa la consigo siempre. Mañana vendrán mis padres a pedir tu mano... ¡Adiós!



## III

—¿Cómo está, señora Becker?

—¿Y ustedes, señores Smith?

—¿Y su señor?

—Escuchando las músicas de Luisa... Siempre tan embobado con ella.

—Para hablar de Luisa veníamos...

—Entren, entren al salón.

Los recién llegados, esposos Smith y Alberto, su hijo, entraron en el salón, acompañados de la señora Becker.

—Ustedes dirán, señores Smith.

—No podíamos estar tranquilos en casa—manifestó la señora Smith queriendo dulcificar sus facciones de chimpancé—, Albertito nos dijo en la mesa que pensaba pedir hoy la mano de Luisa, y hemos venido a... felicitar a ustedes.

—¡A felicitarlos!

—¡Claro, claro! ¡Un chico como nuestro Alberto... para una joven sin... ningún porvenir!

El mozaibete sonrió tan estúpidamente, que parecía la mureta de un sandio.

Llegaron Luisa y su padre. La señora Smith—la única de su familia que llevaba la voz cantante, pues su marido, otro calzonazos como el señor Becker, a todo decía amén—se adelantó hacia la joven y sin ni siquiera dar las buenas tardes al padre de ella dijo, con acentos de gran ponderación:

—¡Oh, Luisa, qué suerte tienes!... Te llevas un muchacho tan bueno como Alberto, y el día de mañana nuestro dinero será para vosotros.

Como se ve, los padres de Luisa aún no habían dado el consentimiento; todo se lo había arreglado la señora Smith, quien acto seguido se dirigió al señor Becker y le dijo:

—Puesto que todos vamos a ser de la familia, Barrique, no se preocupe por aquella deuda que tiene usted pendiente conmigo.

—Bueno, bueno—contestó Becker—, supongo que todo esto lo habrán hablado ya con mi señora.

—Todo está ya concertado... Alberto, saca el anillo que regalas a Luisa.

Nada se había concertado, ni hablado, ni consentido; pero todos callaban y aceptaban, pesando por donde les hacía pasar aquella mujer. Luisa, con la cabeza gacha, no se atrevía a protestar contra el atropello que se haría de su voluntad. Quería oponerse a aquel enlace que tanto la disgustaba; ya no es que no amase a aquel hombre; era más, le aborrecía; pero por un lado tenía las furias de su madre y por otro, pensaba que si no aceptaba a Alberto exigirían a su padre la deuda importante que ésta tenía con los Smith, y se dejó llevar, sacrificándose tontamente, porque nunca una joven debe vender su corazón a cambio de un beneficio material que la ha de esclavizar.

Alberto desenvolvió un paquetito en el que había un estuche, lo abrió y apareció una sor-



tija de poco precio. La señora Smith, como siempre, tomó la palabra:

—No me negarás que el regalito es espléndido, ¿eh, Luisa? La mejor alhaja que había en casa del joyero.

—¡Oh! —clamó la madre de Luisa.

—¿Eh? —se atrevió a condensar en esta expresión una crítica el señor Becker.

—¡Cuarenta y dos dólares y medio me ha costado! —declaró estúpidamente Alberto.

—¡Oh!... ¡Va a gastar! —dijo con sorna Enrique Becker.

La feísima señora Smith puso una cara aún más horrible, si cabe, y berreando, con dos gruesos lagrimones que asomaban por sus pupilas, dijo:

—Soy muy feliz!... Pero... pensar que voy a entregar al niño de mis entretelas a otra mujer...

—No llores, mamá; Luisa vivirá con nosotros, pues yo no pienso salirme de tu lado.

Aquella manifestación de aquel joven mimado fué una orden y así quedó acordado ya que los jóvenes vivirían en casa de los padres del novio. ¡Un nuevo martirio que debía torturar aún más el espíritu delicado y sensible de Luisa!

Antes de salir la familia Smith, quedó acordada la fecha del casamiento por imposición de la feísima madre de Alberto, para el sábado siguiente.

Llegó la noche de aquel día. Luisa, después de la cena —durante la cual su madre no había

cesado de ponderar con exageración las excelencias del novio y la suerte que hacía su hija—, se retiró a su dormitorio y allí, al volver en sí, su espíritu experimenta una saludable reacción. Sus ojos se hacen dos fuentes y rue abatida sobre el lecho sollozando con desesperación. Su madre la oye y penetra en el dormitorio de su hija.

—¿Qué es este escándalo, Luisa?... No parece sino que te matan.

—¡Mamá, yo no quiero casarme con Alberto!

—Ahora no puedes volverte atrás, Luisa. Piensa en el ridículo que caería sobre nosotros.

—¡Esta es su última hazaña de madre!

¡Siempre, siempre me ha negado usted todo aquello que hubiera sido agradable para mí, y, al final, me hace desgraciada para toda la vida!

—¡Dios mío, qué ingratos son los hijos!

¿Pero no ves que Alberto es el mejor partido de la ciudad?

—Mi corazón lo rechaza, le aborrezco.

—Además piensa en tu padre. Si la boda se realiza, el señor Smith te perdona la deuda; pero si no, apretará los tornillos y tu pobre padre está ya muy viejo para trabajar.

El señor Becker oyó como hablaban en el cuerto de Luisa y penetró en él.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Figúrate... Luisa sale ahora con que no quiere casarse con Alberto... ¿Has oído en tu vida algo más escandaloso?

—Comprendo tu repugnancia, Luisa, pero cástate con Alberto, yo te lo pido.

—Está bien... Perdona, mamá, a veces ni sé lo que me digo. Me casaré con Alberto.

A la misma hora, en casa de los Smith y en el dormitorio de Alberto, pasaba una escena bien distinta. El joven estaba sentado sobre la cama y arrodillada a sus pies, su madre, teniendo entre sus manos uno de sus pies, en actitud de descalzarle, le miraba con un aire de veneración casi idolátrica. Y decía la madre:

—¡Oh, Albertito, hijito de mi vida! ¿Quién te quitará, en adelante, las botas cuando te acuestes?

—Toma, Luisa me las quitará.

—Sí, sí; le tendrás que obligar a ello.

#### IV

Como un cordero al matadero, así fué Luisa al altar.

—Luisa Becker—le preguntó el pastor—, ¿quiere usted a Alberto Smith por esposo?

Luisa bajó la cabeza; todos los asistentes estaban pendientes de la respuesta de la joven y la respuesta no salía de sus labios. Por tres veces se vió obligado el ministro a repetir la pregunta. Los rostros de los deudos de los contrayentes empezaban a ensombrecerse y a arrugarse. Por fin, se desató el nudo que la emoción había formado en la garganta de Luisa y

todos pudieron oír un levísimo: —¡Sí, padre!

Todos respiraron, las frentes se desahogaron: Luisa y Alberto estaban casados; la víctima había consumado el sacrificio.



—El caso es, querida Hortensia que no necesito a nadie (pág. 29)

Aquel día empezó para Luisa Becker la tortura diaria de su nueva vida de... familia, pues la señora Smith no quiso separarse de su adorado Alberto.

Acababan de comer. Luisa y Alberto estaban de sobremesa; éste tenía un diario en las



manos y su esposa vió el anuncio de un piano en venta.

—Oye, Alberto, podríamos comprar este piano a medias; yo pondría el dinero que mi tío Ricardo me regaló al casarme...

—¡Piano! ¡Piano! Ya sabes que aborrezco la música.

La señora Smith oyó estas palabras y, furiosa, gritó a la joven:

—Luisa, el piano te espera en el fregadero. ¡Anda a fregar los platos!

Sus padres llegaron aquella tarde para ver a Luisa. Esta supo fingir haciéndoles creer que era feliz.

## V

La hora de más dulce intimidad en el matrimonio, era para Luisa la más terrible y en la que su dignidad de esposa sufría más de aquel hombre grosero y sin educación. Ella tenía que hacer menesteres de esclava que cuadraban muy poco a su carácter delicado y a su espíritu elevado.

Tenía que soportar que todas las noches la madre viniese a descalzar a su hijo, a taparle y a besarle. Aunque el momento no fuese el más oportuno, la señora Smith lo aprovechaba para echar en cara a la joven todas las faltas y deficiencias imaginarias o ciertas que ella había notado en la conducta de su hija política y cada noche le endilgaba un sermón con una retahíla de improperios e insultos, que lo disponían para pasar la noche completamente

desvelada y los ojos hechos dos fuentes. Aquella noche, como de costumbre, la señora Smith dirigió a Luisa estas cariñosas palabras:

—Cuando yo le aconsejé a Alberto que se casase contigo, creía que servirías para algo, a lo menos para el trabajo; pero ya veo que no puedes negar tu casta. ¡Una inutilidad, como todos los Becker!

Aquellas palabras dirigidas a una joven que hacía todos los quehaceres de la casa, mientras aquella mujer injusta pasaba las horas del día en inutilidades sin provecho o en la calle, le revolviéron su espíritu, sobre todo al oír a la vieja chimpancé:

—Además, ya le he dicho a mi marido que hace mal en perdonar a tu padre un dinero que nos pertenece. ¡No están los tiempos para hacer caridades!

Luisa, tomando los aires de esposa injuriada en presencia de su esposo, se irguió y, señalando la puerta, ordenó con imperio:

—¡Hágame el favor de marcharse de aquí, señora!

—¡Insolente!—contestó la vieja—. ¡Arrojarme de mi casa!

—Alberto—dijo Luisa—, si tienes idea de tu dignidad, tienes que defender a tu esposa.

Alberto, que estaba ya acostado, se levantó, acercóse al grupo formado por las dos mujeres y, sin chistar, dió un tan fuerte bofetón a su esposa, que le marcó en el rostro las huellas de sus dedos; luego la cogió por el brazo y la arrojó al suelo pronunciando una palabra soca.

—Bien, hijo mío, así debes tratar a esa mu-

jerzuela. Vamos, no te sulfures, hijo mío. Ves a descansar.

Se acostó Alberto; su madre le tapó, besó y fuése, después de echar una mirada iracunda a la pobre mártir que aun permanecía en el suelo.

Sollozando, Luisa se levantó y sentóse en una butaca, pensando en su desgraciada situación y triste y sombrío porvenir. No podía seguir más en aquella situación. Había recibido de su marido la mayor injuria que un hombre puede inferir a su cónyuge. Cuando notó que Alberto dormía, bien entrada la noche, se vistió y huyó de la casa donde se la martirizaba, donde se le había inferido la sangrienta injuria de abofetearla como a una vil esclava. Antes de tomar el rápido para Nueva York que pasaba por Paraíso a las cuatro de la mañana, entregó a un empleado de la estación dos cartas, una para su esposo y otra para su padre.

Recibieronlas ambos cuando ya Luisa volaba en alas del vapor hacia la libertad de una vida nueva, quizás de una vida de dolor, pero libre de un marido verdugo, de unos padres sin voluntad.

Aquella mañana Alberto y su madre fueron a casa de los señores Becker. Estos estaban en la puerta comentando una carta que les había traído uno de los empleados de la estación ferroviaria, en la que su hija les decía: *Cuando miro hacia atrás, papá querido, veo que es usted el único a quien puedo confiar mis se-*

*cretos. Me voy a Nueva York, porque no podría seguir un minuto más al lado de Alberto. Va a mandarme noticias de mi vida. Adiós.*—Luisa.

Sin saludarles siquiera, madre e hijo echaron a los Becker estas flores:

Ella (alargando la carta que también habían recibido por mediación de un empleado):— ¡Vean ustedes qué clase de pájara nos ha resultado su hija!

Los padres de Luisa leyeron: *No puedo seguir viviendo a tu lado. Te devuelvo el anillo de compromiso, que te costó tanto dinero. Si guardo el de boda no es por cariño sino porque, aunque no lo quisiera, no dejo de ser tu esposa.*—Luisa.

Alberto (con desprecio):— ¡Menuda esposa me habían regalado ustedes!... Espero que de aquí en adelante no volverán a cruzar una palabra con nadie de mi familia. ¡Adiós!

## VI

Oyó Luisa hablar del famoso profesor de canto Antonio Marvelli, y a su casa se dirigió. Este es un célebre profesor italiano que lanza artistas de ópera, capaces de competir con las que salen de las aulas de Milán.

Marvelli probó la voz de Luisa y quedó maravillado.

—Tiene usted una voz de oro, signorina. ¡Unas cuantas lecciones y el mundo entero caerá a sus pies!

—¡Qué honorarios...?



—El precio es de veinticinco dólares por una hora de lección... Usted necesitaría tres lecciones a la semana.

—Serían setecientos cincuenta dólares semanales...

—Eso es... Sus parientes o amigos tienen la obligación de ayudarla, *signorina*... Cuando diga usted que Marvelli le asegura un éxito, el dinero vendrá inmediatamente a sus manos.

—¡Muy bien, señor Marvelli!... ¡Hasta otro día!—despidióse tristemente la joven, convencida de que no volvería.

Después que hubo salido la joven, el profesor quedó pensativo.—¡*Oh, voce bellissima!* ¿*Si non torna?*—Corrió hacia el ascensor arrepentido de haber pedido honorarios a quien llevaba una mina de oro en su garganta; mas ya era tarde: la joven había desaparecido.

Ha pasado una semana. Al llegar Luisa aquel día a la casa de huéspedes donde se alberga, halla una carta de su padre en la que éste le dice no puede mandarle ni un centavo para ayudarla en sus estudios. Fué tal el disgusto de Luisa que tuvo un desvanecimiento y cayó desmayada. En aquel momento una señorita que ocupaba una habitación cercana a la de Luisa, entraba en la suya y oyó ruido de un cuerpo al desplomarse. Penetró en el cuarto de Luisa, la levantó y la sentó en un sillón. Cuando la joven volvió en sí, contó sus cuitas a su vecina de habitación.

—No se espante por nada, señorita. Yo me llamo Hortensia Cameron. Soy artista de *music-hall* y me hallo en excelentes relaciones

con un empresario. ¿Quiere usted que la presente?

—Con mucho gusto... Cuando usted quiera.

—Mañana mismo.



—Una buena noticia, amiga mía. (pág. 29)

Al día siguiente, por la noche, Hortensia se presentó junto con Luisa al empresario de la primera, en el momento en que dicho señor estaba en compañía del señor Hannigan, el compositor de moda.

—Querido empresario—solicitó Hortensia—, necesito que le dé usted trabajo a esta muchacha, mi amiga Luisa Becker.

—El caso es, querida Hortensia, que no necesito a nadie.

Hannigan miró con interés a Luisa e impetró al empresario:

—Vamos, busque usted bien, Rolland. En el coro hacen falta curas bonitas.

Luisa acercóse a Hortensia y díjole en voz baja:

—Ese señor es el hombre mejor del mundo... ¿Verdad, Hortensia?

Ella le contestó en igual forma:

—Mira, muchacha, si quieres creerme, no lagas caso de protecciones desinteresadas de los hombres... Todos van en busca de algo.

Al día siguiente, Luisa empezó a trabajar como corista en una revista de gran espectáculo, ganando un sueldo tan exiguo que apenas tenía para pagar la pensión.

Al cabo de algunas semanas, Hortensia Cameron, el ángel protector de Luisa, tuvo que ausentarse para ir a trabajar fuera de Nueva York. Esta sintió mucho la ausencia de su amiga, quien antes de tomar el tren le aconsejó:

—Luisa, desconfía de los hombres, recuerda lo que tantas veces te he dicho: los hombres que ofrecen protección a las artistas es porque quieren servirse de ellas para sus fines perversos... No seas tonta, saca de los hombres todo lo que puedas, págales con una sonrisa prometedora; pero nunca les prometas nada de palabra; evita acudir a citas comprometedoras. En una palabra, coge todo cuanto te den y no des tú nunca nada.

Con estos consejos y sin la compañía de su amiga y protectora, volvió Luisa a la pensión, dispuesta a cumplir a la letra lo que era resultante de la experiencia de Hortensia.

Un día recibió la joven corista—cuya voz y belleza eran la admiración de cuantos la conocían—, una carta del autor señor Hannigan.

*Señorita Luisa Becker: Venga usted a cenar conmigo mañana a las once. Le leeré la nueva revista que acabo de escribir y en la que usted podrá elegir el papel que más le guste.* — Hannigan.

A causa de su poca experiencia, no vió Luisa que aquello era un lazo, y acudió a la cena. Después de la misma, el autor leyó su obra y cuando fué el momento de que la artista eligiera su papel, a cambio del mismo, el autor le hizo una proposición denigrante, y la joven huyó de aquel hombre que la quería deshonrar.

Veinticuatro horas después Luisa Becker quedó despedida del music-hall donde ganaba su sustento y se vió—sin el amparo y protección de Hortensia—en la más apurada de las situaciones.

¡Pobre Luisa! Ella había escrito a su padre y ya conocemos cual fué su contestación. ¿A quién acudir? ¡Si Alberto, su esposo, quisiera...! Escribióle la siguiente misiva:

*Estoy desesperada, y necesito dinero. Te ruego me envíes 50 dólares, que te devolveré con intereses lo antes posible.*—Luisa.—Calle 35, número 719. Nueva York.

Dos días después recibió Luisa este telegra-



ma: Luisa! no cuentes conmigo. *Arréglate sola.*—Alberto.

Cuando Alberto recibió la carta transcrita y contestada con el parte, fué a ver a los padres de Luisa a quienes halló en la galería de su casa.

—Vean ustedes—les dijo alargándoles la carta de Luisa—donde llega la frescura de su hija... Huye de mí y ahora me pide dinero.

Enrique Becker leyó la carta de su hija y se emocionó; se hallaba en una situación desesperada. Preguntó a Alberto:

—V tú, ¿qué vas a hacer?

—¡Yo?... No mandarle ni un centavo.

—Pues haces muy mal, Alberto.

—¡Haces muy bien!—replicó la señora Becker.

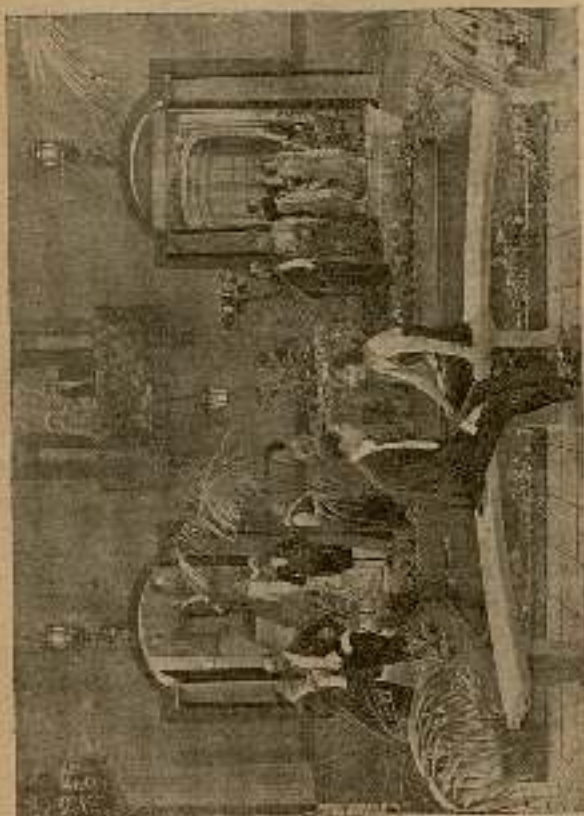
—¡Cállate, bruja, cállate o te hago albóndigas!

Ella se puso en jarras y con un meneo de amenaza quiso amedrentar a su marido; mas éste, por primera vez en su vida, púsose en su sitio y cogiendo a su cónyuge por el brazo la zarandeó de lo lindo y la hizo sentar por la fuerza. Luego la tomó con Alberto, a quien mandó con viento fresco a patada limpia. La señora Becker temblaba al ver por primera vez tan fiero a su esposo.

—¡Siéntate aquí!—ordenó con aire de gran autoridad el viejo Becker.— ¡Siéntate!

Obedeció la esposa.

—Durante veinticinco años has llevado tú los pantalones... Ahora acabo de ponérmelos



... y una noche, una brillante concurrencia de artistas y empresarios (pág. 20)

yo y no me los quitaré jamás. Dame la llave del dinero...

—Pero...

—¡Dámela, si no...!—y levantó el brazo amenazador—. Voy a mandar a mi hija, no 50, sino 100 dólares. ¿Lo oyes, bruja?... Porque a mí me da la gana.

Desde aquel día la autoridad del señor Becker quedó rehabilitada y la señora Becker en su lugar.

## VII

Cuando Luisa Becker salió aquel día de la pensión, sólo llevaba en el portamonedas, diez centavos: todo su capital, y el telegrama que acababa de recibir de su esposo.

Entró en una farmacia. Estaba lívida, descompuesta, con los ojos extraviados y el ceño arrugado.

—Deme usted diez centavos de ácido carbónico.

Antes de servirle, el oficial farmacéutico miró fijamente a la joven y movió la cabeza; ella volvió a repetir:

—Díez centavos de ácido carbónico.

—Voy, señorita.

Minutos después, el oficial entregaba a la joven un frasquito en el que había pegado un marbete con esta inscripción: *Acido carbónico*, y Luisa fuése después de pagarlo. Anduvo... anduvo sin rumbo fijo. Al llegar a

unos jardines públicos, desiertos a aquella hora, ocho de la mañana, se sentó en un banco de madera. Tomó en sus manos el frasco que contenía la horrible pócima, remedio, creía ella, de todas sus calamidades. ¡Oh, coincidencia!, en aquel mismo momento, un botones, ordenanza de telégrafos, pasaba por delante de la joven; llevaba un telegrama con esta dirección: *Luisa Becker, Calle 35, número 719, N. Y.* ¡Qué lástima!... ¡Si ella supiera que en aquel telegrama que tiene a dos pasos, le avisa su padre que le manda cien dólares!... Pero lo ignora. No pasa ya nada. Destapa el frasquito, ingiere su contenido de un trago, arroja aquél y cierra los ojos esperando su próxima última hora. ¡Momentos terribles!... En una visión siniestra parecía ver la Parca acercarse a ella con doble acompañamiento de vestones encapuchados con hachones encendidos.

Notó que alguien le tocaba el hombro. Se estremeció. Abrió los ojos. Un joven muy elegante y simpático la miraba sonriente y tenía en su mano el frasco que ella había arrojado.

—¿Qué ha hecho usted, señorita?

—He bebido ácido carbónico... y voy a morir.

—Siento proporcionarle un disgusto, señorita; pero usted no morirá de esta... Este frasco no contenía más que agua pura, yo se lo aseguro—y al decir esto, el joven aplicaba su lengua en la boca del frasco.

—¡Lo siento, porque estoy desesperada y nadie tiene derecho a impedir que me suicide,



El joven sentóse al lado de Luisa.

—Señorita, yo sé lo que tiene usted, lo leo en sus ojos. Yo también he vagado por esta ciudad del oro, tan hambriento, que un huevo frito me parecería un banquete. Estaba decidido a tirarme al agua o a tragarme una caja de fósforos con cartón y todo; pero de pronto cambiaron los horizontes, gracias a una canción que había yo entregado a un editor de música meses atrás y que el hombre tuvo la buena idea de pagarme.

—¿Es usted músico?

—Sí, me llamo Roberto Clemens.

—¡Oh, el maestro Clemens!... Conozco ese nombre.

—Pues ya ve usted, hoy la fama me ha abierto sus brazos y no pienso más que en vivir. Yo le auguro la felicidad, si usted tiene la paciencia de vivir. Ante todo, hágame el favor de sonreírse.

Luisa bajó lo vista y sonrió graciosamente.

—Así, risueña, ¿qué preciosa es usted!

—¡Gracias!

—Señorita, no más tonterías, no más paseos solitarios por el parque con frasquitos de ácido carbónico en el bolsillo. Es menester conservar la esperanza como la mejor fortuna. ¿Me lo promete?

—Prometido.

—¿La acompaño a su casa?

—Custosísima.

Roberto Clemens y Luisa Becker fueron, desde aquel día, excelentes y fieles amigos, sobre todo cuando el músico supo que Luisa era una



... vieron cómo un hombre besaba a su hijo (pág. 31)

pianista extraordinaria y una soprano estu-  
penda, valga la expresión algo vulgar.

Al día siguiente, llegó Clemens a casa de su  
amiga—que ya estaba tranquila por haber re-  
cibido el subsidio de su padre—rebotando ale-  
gría y satisfacción.

—Una buena noticia, amiga mía, lea esto—  
y le alargó una carta que decía:

*Señor don Roberto Clemens.*

*Querido maestro: La Junta de este teatro ha  
aceptado su ópera Francesca, que empezará  
a ensayarse a principios de la próxima tempo-  
rada.*

*De usted muy atentamente*

C. FRIEDER

*Director del Cosmopolitan  
Opera House*

—Mi felicitación, maestro.

—Mi alegría es tanto mayor, cuanto espero  
que ya tengo la protagonista de mi ópera, una  
excelente soprano ligera.

—¿V se llama?

—Luisa Becker.

Hacia ocho días que Luisa y Clemens eran  
amigos, pero con una amistad noble, franca,  
pura, sin enredos inconfesables; hallábase  
ambos comiendo en un restaurant de moda,  
cuando de una de las mesas cercanas, una pe-  
ña de artistas, se levantó un caballero y se  
acercó a la que ocupaban Luisa y Clemens.

—¡Oh, signorina!... ¡Dona vera!... ¡Oh, si  
supiera usted cuanto la he buscado por todas  
partes!

—¿Cómo está, señor Marvelli?... El maestro  
Clemens, el profesor Marvelli.

—¡Oh, Clemens, el gran maestro, el gran  
compositor! Esta signorina es una soprano es-  
tupenda.

—Ya lo sé, caballero, ella va a estrenar mi  
ópera Francesca.

—¡Oh, molto bene!... ¡Mis felicitaciones!  
¡Yo me pongo a la disposición de la signorina  
para ayudarla!...

Y con la colaboración de Marvelli y del  
maestro Clemens en pocos meses, Luisa se  
preparó a debutar.

En los días que siguieron no decayó por  
un momento el entusiasmo de Marvelli, y una  
noche, ante brillante concurrencia de artistas  
y empresarios, Luisa Becker obtuvo su primer  
triumfo, preludio de los que debía alcanzar.

## VIII

Un día, los resplandores de la gloria de  
Luisa, llegaron hasta la casa de los Smith.  
Alberto lee en alta voz a sus adre, con pro-  
funda extrañeza:

*Una joven de Pavalso debutará en Cosmopo-  
litan Opera House; Luisa Becker, esposa de un  
hombre de negocios, se dispone a triunfar an-  
te el público de Nueva York. Se dice que la  
nueva cantante percibirá mil dólares diarios.*



— ¡Mil dólares diarios, papá!... ¡Nada, nada, Luisa necesita un administrador y mañana salgo para juntarme con ella!

Y, en efecto, al día siguiente, Alberto Smith tomó el tren para Nueva York; pero ¡oh desgracia del Altísimo!, el esposo de Luisa no llegó a la capital. El tren expreso que le conducía chocó con otro por error de un guarda a guisa de dos estaciones antes de Nueva York y Alberto pereció en la catástrofe, librando a la artista de sus cadenas, lo que Luisa supo días después por carta de sus padres que le prometían asistir a su debut.

Debutó Luisa Becker con la ópera *Thais*, y el éxito superó a cuanto esperaban sus admiradores. Luisa triunfó de un modo rotundo. Después del primer acto su camerino se llenó materialmente de flores y de admiradores entre los que se contaban el profesor Martvelli y el maestro Clemens. Este, sobre todo, llenaba de alegría.

Terminada la ópera, el teatro se venía abajo a causa de los vitores y aplausos que se prodigaron a la nueva diya. Los padres de Luisa, testigos de su triunfo, no cubían en su piel. ¡Qué de lágrimas vertieron!

Cuando éstos entraron en el camerino de la artista, vieron como un hombre besaba a su hija. La madre la reprendió:

— ¿Qué es eso, Luisa?... ¿No has escarnecido de los hombres?... ¿No sabes por experiencia cómo nos dominan a su antojo?

— ¡Calla, bruja! — replicó Enrique Becker — ¿eres tú quien habla de dominación?... ¡Tú, que hiciste de mí, por espacio de veinticinco años tu perrillo faldero!

— Padres, este joven que me ha besado, el maestro Clemens, es mi futuro esposo.

Transcurrido un año, el plazo obligado de luto, los periódicos de Nueva York publicaron esta noticia: *El maestro Clemens y la excelsa diya Luisa Becker, han contraído matrimonio.*

FIN

Número 74 - Biblioteca Films - 4 de Sept.

### ¡Gran éxito!

**BIBLIOTECA FILMS** para reverdecer sus laureles, ha conseguido la autorización para editar, en publicación popular, una de las más famosas novelas cinematográficas, cuya delicada literatura evocará la de los faustos acontecimientos *Signo del zorro*, *Niñas de París* y *Huerfanita*. Su título es:

### J U D E X

novela de misterio, odio y amores

Insuperable creación de **René Navarre**  
Postal de este artista 25 céntimos

A esta novela seguirá la publicación de  
**La nueva misión de Judex**  
Postal de Biscot 25 céntimos

### SUSCRIPCIÓN COMBINADA

A petición de numerosísimos lectores de provincias, ofrecemos gustosos la suscripción de nuestras publicaciones, bajo las condiciones siguientes:

TRIMESTRE	Ptas.
13 números de BIBLIOTECA FILMS, revista semanal	3'25
3 números de FILMS DE AMOR o SELECCION, revista mensual	1'50
6 números de CELEBRIDADES DE VARIETES, revista quincenal	1'50
Total de la suscripción combinada	6'55

A los señores suscriptores que deseen hacerlo por un semestre, se les hará una importante rebaja, pues en lugar de ptas. 13'10, solamente deberán abonar DOCE PESETAS.

Pago adelantado en sellos de correo o por giro postal.

BIBLIOTECA FILMS  
Cataluña, 58  
BARCELONA

#### BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Sr. D. ....  
Calle .....  
Población .....  
Provincia .....

Se suscribe por un ..... a  
partir de los números siguientes:

BIBLIOTECA núm. ....  
AMOR núm. .... VARIETES núm. ....

Además, todos los señores suscriptores tendrán opción a los grandes regalos, que próximamente se mencionarán.

El Boletín de suscripción puede remitirse por correo, bajo sobre abierto, con sólo un sello de dos céntimos.





— Coleccione usted las mejores novelas  
Cinematográficas cuyos celebrados títulos son: —

## **BIBLIOTECA FILMS**

— Título de la supremacía —

### **FILMS DE AMOR**

— El ideal de los aficionados —

Constituirá una sugestiva colección:

#### **CELEBRIDADES DE VARIETÈS**

Puede usted adquirir ya los números dedicados a  
**Ramper, Mercedes Serós, Elvira de Amaya**  
**Lape y Argentinilla**

Pronto: **CHELITO, LUIS ESTESO y LA GOYA**

¡ Éxito !

¡ Éxito !

¡ Éxito !